

Doña Matilde, que había guardado silencio en toda esta escena, advirtiendo que su esposo estaba algo incómodo con las respuestas altaneras y de pie de banco de su hermana, trató de cortar del todo la fastidiosa conversación, y para ello, con la mayor prudencia, dijo á Eufrosina:

—Mi alma, siento tu mal rato, y me alegro que te hayas aliviado. Evita cuanto puedas encolerizarte, porque ya ves el daño que esto hace á tu salud. Yo me retiro, porque voy á ver qué hace mi peloncilla por allá dentro.

Con esto se despidió y el coronel no tardó en seguirla.

Así terminó la famosa disputa del cigarro; ¿pero cuándo no corren igual suerte las disputas más célebres y contenciosas? El amor propio, cuando se desarregla, que se desarregla muy seguido, es un tirano que cautiva nuestros entendimientos y los sujeta al antojo, al engaño y á la preocupación. Ordinariamente disputamos más por vanidad y por hacer valer nuestra opinión que por indagar la verdad, y ésta es la causa de que las mayores necesidades se defiendan con ardor, de que se desprecien las razones más sólidas y de que no haya modo de confesar que hemos errado. De aquí se sigue que cada uno se quede con la opinión que defiende y la verdad se oculta en las tinieblas del error.

Cuando don Rodrigo estuvo solo con su esposa, le dijo:

—¿Has visto mujer más loca ni más aturdida que tu hermana? Ella me ha dado un rato bien pesado. Cuando ví á Pomposita bañada en sangre y á tu hermana privada, me afligí, porque creí que la criatura, acaso travesando, se había dado algún golpe, y el pesar de este accidente había hecho desfallecer á la madre; mas luego que supe la verdadera causa, me compadecí de la pobre criatura y me incomodé vivamente con Eufrosina. Yo no he visto mujer más necia.

—Yo advertí bien tu incomodidad, dijo Matilde; porque sólo muy enojado podías haberte puesto á disputar con ella tan de veras, olvidándote de aquel principio que me has aconsejado tantas veces, de que es una locura ponerse á disputar con un necio, pues el discreto pierde el tiempo, las razones y la paciencia, y el necio siempre se queda necio. Bien que también me has dicho que el hombre más cuerdo deja de serlo luego que es sorprendido de una pasión; en este caso se desatienden los mejores principios y se olvidan las lecciones más bien aprendidas. Esto te sucedió puntualmente.

—Yo me alegro que me hagas esta advertencia, dijo el coronel, pues prueba que no se te olvida lo que me oyes y que sabes hacer felices aplicaciones de los prin-

cipios que te enseñó; pero dejando esto aparte, dime, ¿qué juicio has formado de la imbecilidad de tu cuñado, quien, sin el menor informe, iba á concluir la obra de su mujer, cuando quería volver á maltratar á la pobre criatura?

—Yo pienso que hizo muy mal, contestó Matilde, aunque no puedo explicar en qué está lo peor de la acción; porque á primera vista parece que su cólera fué efecto de la buena educación que da á su hija y del mucho cariño que tiene á su mujer; pero cuando advertí la facilidad con que se serenó y te concedió la razón, no creo que hizo bien en lo primero; porque cuando veo un hombre que es tan fácil al enojo como á la serenidad, y tan pronto está de parte de una opinión como de la contraria, temo que no tenga carácter, temo que esté muy propenso á obrar sin razón y que sus primeros arrebatos los dicte un capricho y no la justicia. Esto es lo que me parece. Tú explícame mejor lo que no entiendo.

—No te has engañado en tu concepto, dijo don Rodrigo; así es como lo piensas. Tu cuñado manifestó en su acción falta de carácter y sobra de amor propio. Él se avergonzó porque vió reprendida su distracción delante de todos por la agria reprensión de su mujer, y no teniendo ni firmeza para sostenerse, ni habilidad para disculparse, trató de satisfacer á su esposa y á las

visitas, maltratando á la parte más débil. A no haberlo yo embarazado, golpea á su hija y queda persuadido de que había obrado en justicia.

Los hombres violentos ó atropellados sin carácter, son malos maridos, malos padres, malos amos y generalmente malos superiores. Muchas veces castigan la inocencia y no pocas premian el delito, ó porque no conocen ni uno ni otro ó porque les parece que así deben hacerlo.

Peor concepto formarías del carácter de tu cuñado si alcanzaras á conocer las perniciosas consecuencias que acarrea á su familia. Oye sin asustarte: el orgullo de su mujer, su disipación, la mala crianza de Pomposa, el poco respeto de los criados, la dilapidación de sus bienes, que cada día van de mal en peor, y todos los atrasos interiores y exteriores de la casa no reconocen otro origen que el mal carácter, ó por mejor decir, la falta de éste en tu cuñado.

Esto no es murmuración; te hablo á solas de unas faltas que te son demasiado notorias, y esto, no por denigrar á esta familia, sino para que veas confirmadas por la experiencia muchas verdades que te he dicho. Una de ellas es que los hombres tienen las más veces la culpa de los defectos de las mujeres.

Yo estimo mucho á don Dionisio y conozco sus buenas cualidades; pero me compadezco de que tenga

un carácter tan débil y que esto sea causa del desorden de su casa; te hago ver este desorden y te señalo sus causas, para que si yo muriere antes de poner en estado á nuestra hija, quedes tú con suficientes reglas para deliberar sobre la elección del compañero que le convenga; y de este modo, obrando con prudencia y según las máximas que te inspiro, coadyuvarás como buena madre á hacerla feliz en el estado del matrimonio, si éste fuere de su vocación.

—¿Pues qué, el genio obsequioso de mi cuñado, decía Matilde, el que siempre dé gusto á su mujer, el que la complazca, el que la estime y la sirva es todo su pecado? ¿Eso es lo que lo constituye de mal carácter, y por eso son todos los extravíos de su casa? Yo te creo, pero me admiro de saberlo. ¿Qué me dirías si don Dionisio fuera un hombre grosero y altivo y que tratara á su mujer como á una criada? Yo conozco á algunos de éstos.

—Y yo también, contestaba don Rodrigo; pero condenaría en tal caso su cruel conducta, lo mismo que ahora repruebo la que le observo. En el arco, tan inútil queda la cuerda muy tirante como la muy floja. En todo debe dirigirnos la prudencia. Tan mal obra el marido que se convierte en tirano de su esposa, como el que se constituye su esclavo: ambos son extremos que debe evitar el hombre prudente, como opuestos á su dignidad

y como obstáculos á la felicidad doméstica y á la paz del corazón.

Mientras que los maridos no sepan ser hombres las esposas no sabrán ser mujeres. Yo puedo equivocarme; pero según la experiencia que tengo, las mujeres no serían tan fatuas, vanidosas ni locas si siempre les tocasen por maridos hombres prudentes y sensatos, que supiesen hacerlas entrar por el camino justo y razonable; pero si los hombres, después de exceptuar los que se deben, unas veces las exasperan con sus modales duros y groseros y otras dan pábulo á su orgullo con sus mimos imprudentes y con sus condescendencias des- arregladas, ¿cómo sabrán estas infelices usar á tiempo del amor sincero, ni de la amable dependencia, tan necesarias ambas cosas para la felicidad del matrimonio?

Verdad es que las mujeres que obran mal no merecen disculpa, porque ellas debían obrar bien, aun cuando sus maridos no fuesen siempre de acuerdo con la razón; pero si aun en este caso son criminales, ¿cuánto más lo serán los hombres que las permiten, las enseñan y se puede decir que las precisan á obrar mal?

Semejantes matrimonios tarde ó temprano se des- gracían. Para que Pudenciana, si se casare, no corra igual suerte que muchas, haré yo cuanto pueda y hasta

donde alcance mi talento para darte las mejores reglas, que tú le inspirarás si yo faltare, á fin de que sea una mujer amable, que haga las dulzuras de su esposo y la felicidad de su familia.



CAPÍTULO VI

En el que luce mucho la instrucción y edificante conducta de la madre de Pomposita

Muy resentida quedó Pomposita con el cruel tratamiento de su madre, tanto más cuanto que estaba acostumbrada desde muy tierna á verse colmada de mimos, contemplaciones y melindres, tanto de sus padres como de sus parientes, criados y visitas de